

UNA ABJURACIÓN Y MEDIA

Volvió mistress Needle de casa de sir Roberto tan conmovida y fuera de sí, que apenas hallaba el camino. Por tantos golpes que llovían sobre su corazón, profundamente devoto á la iglesia anglicana, sentíase casi sin fuerzas; entonces comprendió que debía deponer las vanas resistencias, y, como fragil esquife combatido por la fortuna dominante, abandonar el timón

continuando á merced de los vientos.—Contentemos á este moribundo; contentemos á John; contentemos á Julia; contentemos á todos..... sólo yo seré la victima sacrificada..... ¡Permita Dios que en Parque Verde podamos desenredar una madeja tan enmarañada!—E ignoraba que no pasarían muchas horas sin un nuevo sacrificio.

Al saber Julia el deseo de sir Roberto, y la razón del deseo, no supo encubrir el ímpetu del júbilo que sentía.—¡Un alma salvada! exclamó; ¡del bautismo al cielo! Voy volando.... Mas haced el favor de decirme (se contuvo un instante al imaginar las condiciones de la casa): ¿quién hay allí? ¿No hay alguna señora que al enfermo asista?

—Estarás tú, respondió la Needle.

—¿Yo sola? ¿Y con Jhon? ¿Todo el día...? Iré gustosamente á visitarlo; pero todo el día....

—Comprendo, comprendo tu delicadeza. Quisieras que fuese yo también; ¿no es verdad?—¡A ver cómo abjura uno de mi religión! ¡A presenciar una apostasía!

—Hacedme, señora mía, el obsequio, respondió modestamente Julia, de no pronunciar esta palabra. No se apostata de-

lante del sepulcro. En presencia del tribunal de Dios, el moribundo no desea sustituir la verdad con la mentira, ni la salud con su perdición eterna. El otro día os expliqué ya el verdadero sentido de la palabra *apostasía*.

—Al fin de cuentas, dijo la Needle apaciguada, es siempre un abandono de mi religión: no me place verlo con mis ojos. A lo más (estoy en el baile y debo bailar. ¡Ah Parque Verde!) para contentarte, iré después del medio día, y si quieres volver entonces conmigo, lo harás.—

Con tal promesa corrió la joven á casa de sir Roberto. En ella no halló al sacerdote. Habíase presentado precipitadamente por haber comprendido mal las palabras de John, imaginando al protestante forastero casi en su agonía. Viéndolo fuera de peligro por entonces, había examinado su fe, marchándose después, á fin de proveerse de las facultades necesarias y proceder regularmente, según el ritual de costumbre, tanto al recibir la retractación como al administrarle los Sacramentos. Antes de dirigirse al palacio episcopal, fué á sacar dos religiosas del Buen Socorro, y enviólas al enfermo. Habiendo Julia, pues, encontrado allí tan excelente compañía,

entró mucho más alegre á ver á sir Roberto, quien la juzgó una visión angélica.— ¡Qué gracia! exclamó Julia, no bien puso los piés en su alcoba; ¡qué gracia os concede Dios! ¡Ah, señor Smith, si no me amargase veros entre tantos dolores!

Smith repuso:—Doy gracias al Omnipotente y á vos. Estoy decidido á no pensar en mis dolores. Decidme lo que debo hacer para disponerme á recibir los Sacramentos católicos.

—¿Qué Sacramentos recibireis? ¿Nada os ha dicho el sacerdote?

—Me ha preguntado sobre mi fe, contestándole yo que habiendo meditado palabra por palabra la profesión impresa con las actas del Concilio de Trento, aceptábala toda. Me hanterrogado largamente acerca del Bautmo, concluyendo por decirme que no le quedaba duda de que debía sólo disponeme para la confesión, á fin de recibir al eñor en viático, y para la Extremaunció dijo que la Confirmación no es posible por estar el Prelado en la santa visita.

—¿Nada más óo?

—Sólo que mandarí las dos Hermanas de la Caridad que os ais. Espero que llegará

muy pronto: habladme, pues, de Dios, del alma y de la fe: os escucho.

Julia, con rostro sereno, haciéndose ayudar por las Hermanas, le acomodó en su lecho, levantó su almohada, extendió los bordes de la sábana, y sentóse á su cabecera.—Puesto que lo deseais, dijo, os sugeriré lo que me dicta el corazón, y no perderemos el tiempo, que es precioso.

—Sí, sí, no pido más: ansío morir perfecto católico.

Ante todo, no os confundai por el ansia de hacer mucho: hablaré yo, y oidme vos tranquilamente. Reservad algunas fuerzas para la profesión de fe y para confesaros.

—A propósito, dijo Smith: aún me queda un punto poco claro, debe importancia, por el cual retardabale día en día....

—No importa, dijo Julia. Ya que os tarda ultimar vuestra reconciliación, es bastante que con fe firm creais el símbolo de los Apóstoles; es la profesión de fe que habeis meditado, y en general contiene todo cuanto enseña la santa Madre Iglesia.

—Y el Sumo Pontífice *ex-cathedra*, añadió Smith.

Julia prosiguió:—(e es una misma cosa, á saber, lo que enseña la Iglesia y su

Jefe visible. Si Dios os da tiempo y vida, aclarareis los puntos no claros. ¿Teneis algún juicio contrario de algún modo á cualquiera de los artículos de la fe conocidos?

Smith dijo por señas que no.

—Entonces, todo está concluido para la retractación. ¿Teneis presente la doctrina del sacramento de la Penitencia?

—La conozco toda: me lo figuro á lo menos. He leído los teólogos católicos. Hace días que voy preparándome para la confesión; pero recordadme mejor el modo práctico.—

Estaba presente John, y, según costumbre, permaneció en silencio, meditando, escribiendo en su memoria todos los actos de Julia y de Smith, ansioso siempre de hacer algún servicio al venerado maestro, aunque no sabiéndole prestar alguno, si no se lo indicaban. Julia, que muy bien había conocido su intención, procuraba conseguir que sus palabras redundasen en beneficio del uno y del otro. Procuró, pues, compendiar en un breve y lucido catequismo la práctica del Sacramento; tenía el asunto muy presente por haberlo estudiado á fondo para responder á cualquiera pregunta de los protestantes de la familia. Apenas hubo comenzado, una de las

Hermanas anunció que cierta señora forastera pedía entrar para ver á Smith.

—¿Quién es? preguntó el enfermo.

—Dice que se llama mistress Needle.

Julia fué á su encuentro. Habíala sorprendido el temor de que hubiese vuelto con alguna idea atravesada desagradable, y sobre todo importuna en aquellas circunstancias. Todo lo contrario. A la mujer atribulada faltóle ánimo para dejar solo completamente á su hijo, expuesto á los peligros de una función católica, tan peligrosa como ella se figuraba que sería la retractación del protestantismo, hecha por un hombre como Smith, á quien su hijo consideraba como un semi-dios. Arrepintiéndose por una parte de la otorgada venia, y por otra, sin atreverse á revocarla, iba con el fin de atenuar el peligro y contener de algún modo á su primogénito con su presencia. Dijo á Julia que quería contentar á sir Roberto, mostrándose con él tolerante hasta el extremo de asistir á su cambio de religión. Fué introducida. Saludóla el enfermo sonriéndose, y dijo, inclinando la cabeza:—Me consolais de veras; gracias. Ella se detuvo entonces en la alcoba de Smith ó en su antecámara, no hallándose tranquila en ningún sitio: con más

frecuencia estaba cerca del lecho, escuchando las palabras de Julia é infiriendo la impresión que podían causar á su hijo.

Con respecto á la joven, reanudó su catequismo, que interrumpióse pronto de nuevo por la llegada del sacerdote. Este, oyéndola hablar en inglés, y sabedor de que disponía al enfermo para la confesión, la dejó seguir con toda libertad. Retiróse, rogando á Julia que le llamase, no bien estuviera Smith en disposición de confesarse. Iba la joven recordando la celeste institución del Sacramento; y su continuo uso desde los tiempos apostólicos, sin prescindir de que revivía entre los anglicanos y otros en la edad presente. Haciendo ver que recordaba estas cosas en provecho de Smith, realmente proponíase matar dos pájaros de una pedrada, ó sea, esclarecer la mente del enfermo y destruir las preocupaciones, no sólo de John, sino de mistress Needle. Recordando la necesidad del Sacramento como medio de salvación después del pecado, insinuó también diestramente su inefable dulzura y suavidad para el que ansía ser perdonado por Dios con sincero corazón. Tocó las partes esenciales; los modos de confesarse, cómo debía decirse el número de los pecados y las mane-

ras compendiosas ó aproximativas á que debía recurrirse, cuando la memoria faltara. En fin: en pocas palabras guió al convertido como un muchacho, cortés y discretamente sí, pero con franqueza y sin humanos respetos.

Agitaba el pobre viejo la cabeza, en actitud de aprobar y agradecer. John no perdía palabra, con el ánimo profundamente conmovido, más que por lo que decía Julia, por la persuasión quieta y solemne que demostraba su maestro, argumentador antes tan terrible y altivo. No sólo estuvo presente á la ceremonia de la retractación sino que pidió el ritual. Habiéndose ofrecido el sacerdote á recitar la fórmula en nombre del enfermo, á fin de no molestarle demasiado, diciéndole que bastaba su aceptación con las palabras del juramento final:—No, repuso Smith, no quiero. Ansío que mi último aliento se apague pronunciando una vez la verdad entera.... aquella verdad que busqué toda mi vida.... mas la buscaba con soberbia.... fiando sólo en mi lógica.... y la verdad huía delante de mí... Ahora que Dios me la concede, quiero confesarla toda con mis labios.—

Fué, por consiguiente, complacido, aunque procurando el sacerdote algunos mo-

mentos que cobrase bríos con discreta pausa. Es imposible decir el golpe terrible que sufría el corazón de mistress Needle al escuchar aquellas palabras, al ver los mezclados silencios significativos, y sobre todo al descubrir á John en un acto tan repugnante á la creencia que le infundiera. ¡Y no poder hablar la menor cosa! Hubiérase dicho que estaba más próxima que el moribundo á la agonía. Sin comprender el latín de la retractación, adivinaba demasiado algunas frases que se proferían. Miraba entonces el rostro de su hijo, á fin de cojer al vuelo en él cualquiera señal de aprobación ó desaprobación. Vanamente: John era de marmol, se podía esperar ó temer todo de él, pero principalmente lo segundo. Un instante hubo en que no fué posible que se lisonjease ni tuviese gran esperanza; entendió y entendió demasadamente, viéndolo con sus ojos, el mal fruto (así lo creía) del escándalo. Habiendo llegado sir Roberto á las precisas frases con que se rechazan y abjuran todas las herejías en general, añadió algunas en su lengua propia, diciendo con voz clara y conmovida:—De un modo especial, y con plena deliberación del ánimo, convencido por la gracia de Dios, reniego y anatematizo la he-

rejía anglicana, no menos que todos y cada uno de sus treinta y nueve artículos, á excepción de los conformes con la divina Escritura y con las enseñanzas de la Iglesia católica romana.—

Una tan categórica y resuelta condenación debía parecer bastante al fervoroso convertido; pero sacando más brío de la fuerza invicta de su espíritu, añadió.—Reniego también y abomino la biblia de la Iglesia anglicana, por estar incompleta y falseada, como también por haberla prohibido la autoridad eclesiástica de Roma, admitiendo y venerando con todo mi corazón la sagrada Biblia pura y santa de la Iglesia de Jesucristo; la Vulgata entera.—La joven alargó con prontitud este libro al sacerdote, que alargólo al enfermo, quien lo besó en prueba de que lo aceptaba. Entonces acordose sir Roberto de no haber echado aún de sí la biblia anglicana, y dispuso que se arrojase al fuego que allí ardía en la chimenea. Hallola John, y sin vacilar un momento, cumplió el mandato. Faltó poce para que su madre no se desmayara de pena y espanto. Smith terminó su abjuración poniendo la mano sobre la Biblia y pronunciando pausadamente las palabras últimas: “Esta verda-

dera fe católica, fuera de la cual ninguno puede salvarse, y que ahora espontáneamente profeso y creo verdaderamente, prometo y juro retenerla y confesarla toda inviolada, *constantísimamente*, con el auxilio de Dios, hasta el último aliento de mi vida, procurando que mis subordinados y los que dependan de mí la profesen, enseñen y prediquen. ¡Ojalá me ayude Dios y este divino Evangelio!”

Entonces el sacerdote cumplió el rito de la reconciliación, suplicando después al neófito que descansase algo. Julia, en el ínterin, sentada siempre á su lado, le hacía señas con el dedo para que callase, mientras le iba sugiriendo de cuando en cuando en inglés dulces sentimientos de gratitud y júbilo por su ingreso en la Iglesia de Jesucristo; sentimientos que visiblemente descendían por sus oídos á su corazón, puesto que veíase al anciano inclinar la cabeza y medio decir algunas palabras, levantando sus ojos al cielo. Por sí mismo advirtió que ya era tiempo de llamar al confesor. Dejaronle sólo con el ministro de la clemencia. No sabía John aún apartarse, y quedó en pie á la puerta, como de centinela. Durante este tiempo, su madre

no dijo palabra. Sólo cuando vió que las Hermanas disponían la mesa para el sacro Viático, recobróse y dijo á Julia:—¿Qué nueva ceremonia se dispone?

—La santa Comunión, respondió la joven.

—Creía yo, dijo la Needle, que primero los rebautizaban.

—No, señora; la Iglesia católica reputa válido el bautismo de vuestra iglesia, y sólo se puede renovar cuando no consta que se ha recibido el sacramento.

—Sin embargo, pudiera referir los nombres de algunos anglicanos ciertamente bautizados y ciertamente rebautizados.

—Os diré, repuso Julia, que á veces se sabe bien que realizó la ceremonia el ministro anticatólico, pero se ignora de qué manera. Por desdicha, en alguna iglesia protestante va tomando pie aquel abuso de conferir el sacramento con aguas destiladas; en algún lugar, el demonio, (no puede ser nadie más) ha introducido la costumbre de que, para mayor solemnidad, un ministro vierta el agua y pronuncie otras palabras.

Estas frases hicieron mudar de color á mistress Needle.—¿Y qué mal sobrevendría de esto? preguntó ansiosamente.

—Un mal horrible; el niño quedaría privado de la gracia sacramental; sería un verdadero pagano ó un infiel, por no haberle bautizado verdaderamente ni el uno ni el otro ministro.

Interrumpió Julia esta conversación, á fin de aproximarse de nuevo al doliente, que debía disponerse á la Eucaristía. El sacerdote hubiera querido dejar para después este Sacramento, para no molestar con impresiones continuas al pobre viejo, ya demasadamente fatigado. Mas éste, brillando con inefable alegría por la sacramental absolución, protestaba que, lejos de cansarse, sentíase más bien rejuvenecer, y suplicaba que le confirieran el último sello de su reconciliación con la Iglesia y que le proporcionarán su mayor consuelo:—¿Quién sabe, decía él, lo que puede suceder más tarde! Ahora me siento tranquilo en mi fe y en mi conciencia: no perdamos tiempo.—Fué preciso condescender. Volviéndose á John, que estaba cerca, en el borde opuesto de la cama:—Amigo, díjole, si no teneis valor para caer de rodillas ante el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo, presente en realidad en la Sagrada Eucaristía, podeis re-

tiraros á otra estancia. A mi alrededor, en estos instantes, sólo debe reinar la fe.

—Mas vos, ¿teneis fe, respondió John, en la presencia de Cristo en el sacramento?

—Estudiada la cosa años y años, digo que no hay verdad expresada más claramente en las divinas Escrituras. Creo en la presencia de Cristo en la Eucaristía, como estais vos aquí.

—Nuestro *Prayer-book* sobre este particular no está claro, dijo John, porque

—Porque se contradice: mejor es así: si no, seríamos.... esto es, seríamos todos idólatras.--

Estas palabras parecieron á John un enigma; no supo comprender que, no siendo sacerdotes los ministros anglicanos, la santa Cena es una fantasmagoría, y la Eucaristía por ellos manipulada un pedazo de pan que adorarse no puede sin idolatría. Empero no se atrevió á decir más. Hizo pasar á Julia, la cual, en un libro devoto que había enviado á buscar á su casa, fué leyendo las oraciones más dulces que conocía, con las cuales el enfermo, acompañándolas de corazón, dispúsose para la suprema felicidad del cristiano sobre la tierra. Llegado el fin de un largo y devoto acto de fe, advirtió la joven que una lágrima baña-

ba las pupilas del viejo, y se detuvo un instante. Sir Roberto la dijo.—Repetidme la oración, que al alma me llega.—A poco se oía el ruido de la pequeña campana en la calle y por la escalera. Conducíase de la parroquia el sagrado Viático con pompa solemne, llenándose la casa de clérigos y cofrades con hachas encendidas. A poco, el sacerdote rogaba, según el rito, por la paz de todos los de allí. Mistress Needle retiróse algo y se puso detrás de las cortinas al pie del lecho, sin dar muestras de fe ni de infidelidad; respetaba por máxima las ceremonias de todas las iglesias. El moribundo, en presencia del sacrosanto Misterio, hízose levantar sobre las almohadas, descubrióse, y con voz cansada, sí, pero muy resuelta, hizo un acto ardiente de fe, que llenó de lágrimas y de sollozos á los circunstantes. Miró la Needle, viendo á la luz de las hachas el rostro del moribundo compuesto y radiante de alegría profunda. John cayó de rodillas, inclinándose con viva demostración de piedad, lo cual sirvió para que fuese más irremediable la herida del corazón de la madre:—¡No me ha servido! decía gimiendo y consternada; ni aun mi presencia lo puede contener.... ¡Es papista!

Terminada la función, y restablecido el silencio en la casa, Julia reanudó cerca del neófito su ministerio angelical, inspirándole tranquilamente acciones de gracia, así como actos de plena resignación y del sacrificio de la vida. Absorto el enfermo en la oración, parecía recibir aquellos sentimientos con faz serena y gozosa. Por fin, siempre señor de sí y altivo regulador de sus actos, dijo á Julia que cesase é hiciese ir á mistress Needle. ¡Pobre señora! Hallábase sentada sobre un sofá en la antecámara, consumiéndose de afán y esperando el fin para llevarse á su hijo. Presentóse temblando en aquella semi-obscuridad de la alcoba del enfermo, el cual, con la sutil voz que le quedaba (en su virtud entendió ella que debía acercar el oído á los labios del enfermo), dijo:—Demasiado habeis hecho para honrar hasta el fin la amistad. Sois madre, retiraos ahora libremente. . . . Si alguno de vuestros hijos quisiese un día imitarme, guardaos de oponeros. . . . que la ira de Dios no os castigue. Extendióle la mano, que apretó mistress Needle, inclinando la cabeza y diciendo:—Adios sir Roberto Smith,—Adios.—Y retiróse como si hubiese oído su sentencia.

Se despidió también Julia en presencia de su señora. El moribundo quiso que le diese la mano, y mirándola con sus ojos reanimados por el goce interno y la gratitud:—Piadosa virgen, dijo, es imposible expresar todo el reconocimiento que siento por vos. . . . Os recordaré delante del Señor. . . . Acordaos vos del alma que habeis salvado.—Julia enternecida, llorando en parte por la pena y en parte por el gozo, prometió rogar por él, añadiendo:—Os veré otra vez esta noche.—Comprendió la conveniencia de no dejar salir sola á su señora, que imaginaba muy bien oprimida por la nueva aflicción, proponiéndose volver más tarde á casa del moribundo. Este (además de sus criados y de las Hermanas) continuaba en manos del sacerdote, que no cesó de asistirle. John, al parecer, no sabía separarse del lecho del amigo: le dejaron.